

mento que en todo el poema se desenvuelve, é indicado tambien su especial carácter:

2 El rey Apollonio, | de Tiro natural,
Que por las aventuras | vistó grant temporal,
Cómo perdió la fija | et la muger capdal,
Cómo las cobró amas, | cá les fué muy leyal.

Noticioso en efecto el rey de Tiro, cual otros muchos príncipes, de que tenia Antíoco una hija de tan extremada belleza que no hallaba en el mundo compañera, presentóse en la córte de aquel monarca á solicitar su mano, no sospechando la criminal pasion que habia concebido por ella su desalmado padre. El bárbaro amor de este, no satisfecho con el vedado logro, buscaba todos los caminos de perpetuarse; y para aterrar á los pretendientes de su hija, proponíales intrincado enigma, cuya errada solucion fué á muchos señal de muerte, pues no otro era el contrapeso que habia puesto á la mano de la princesa. Lleno de indignacion y arrepentido de su demanda, oyó *Apollonio* el enigma, que le revelaba la torpeza de Antíoco; mas como hombre *de letras profundado*, y por no *ser tenido por bavioca*, dió al rey tan cumplida respuesta que desconcertado primero é irritado despues, intentó quitarle la vida, como á los otros desafortunados pretendores ¹. La fuga es el único medio de salvacion que halla Apolonio contra aquel ominoso tirano; y no creyéndose seguro en su propio reino, dirígese á Tarso con numerosas velas, cargadas de riquezas y bastimentos, mientras le busca en Tiro un capitán de Antíoco, ministro de su venganza. Poderosa armada apresta, al no hallarle, el enojado

¹ Debemos notar aquí, para mayor ilustracion, que existió tambien durante la edad media otra version de los amores de Antíoco. Apasionado este de Estratónica, mujer de su padre, se resuelve á morir por no cometer el crimen que traia consigo aquel desvario; mas noticioso el rey de su terrible situacion por medio de un astuto médico, le cede la hermosa Estratónica, salvándole así la vida. De esta historia se escribió al cabo un romance, que puso Alonso de Fuentes en sus *Quarenta Cantos* (Parte III.^a, canto VII), el qual empieza:

Fatigado está de amores
Antiocho y maltratado;
Por su hermosa madrastra
Está y vive lastimado.

rey contra Apolonio, quien buscando en Tarso asilo á su desgracia, sabe allí de boca de un «ome bueno, layco et de dias anciano», que estaba puesta á precio su cabeza, viéndose forzado á esconderse, como un malhechor, en casa de Estrangilo ¹, si bien socorrida el hambre que padecia la ciudad con el trigo de sus bajeles, merece en premio de su largueza que le erigiesen los tarsianos una estátua (ydolo). Nuevas persecuciones vinieron entre tanto á inquietarle, y aconsejado por Estrangilo, dióse á la vela para Pentapolin; pero con tanta desventura que no habia navegado dos horas, cuando

108 Voluíéronse los vientos, | el mar fué conturbado;
Nadauan las arenas | al cielo leuantado,

y destruida toda la flota, sólo Apolonio logró arribar á la deseada playa, desnudo y sin sentido, hallando al volver en sí hospitalaria acogida en un pobre pescador, quien partiendo con él sus vestiduras, le dió seguro albergue, encaminándole despues á la ciudad vecina. Su destreza en el juego de la pelota y su extremada habilidad en la música y el canto, le ganan allí en breve el aprecio del rey Architrastes y el amor de Luciana, su hija, quien tomándole por maestro, acaba por confesar á su padre la pasion que Apolonio le inspira ², no sin caer en peligrosa enfermedad de

¹ El pasaje, en que se narra la entrevista de Apolonio y Estrangilo, es en la leyenda latina mucho más dramático. En el cód. F. 152, se lee: «Accesit [Apollonius] ad eum [Strangilionem] e protinus et ait:—Ave, Strangilio. Strangilio ait:—Ave, domine Appollonie. ¿Quid itaque his locis turbata mente moraris? Appollonius ait:—Proscriptum vides. Strangilio ait:—¿Quis te proscriptum? Appollonius ait:—Rex Antiochus. Strangilio ait:—¿Qua ex causa? Appollonius ait:—Quia filiam eius immo et, ut verius dixerim, coniugem in matrimonio petii. Itaque, si fieri potest, in patria vestra latere volo». En la *Gesta Romanorum* se halla el mismo pasaje, concebido en estos términos: «Accesit ad eum protinus et ait Appollonius:—Ave, Strangilio. Et ipse ait:—Ave, domine mi, rex Appollonie; et rursus ait:—Dic mihi: ¿Quare in his locis turbata mente versaris? Ait Appollonius:—Quia filiam regis, ut verius dixeram, coniugem et in matrimonio petiui. Petó itaque, si fieri potest, in patria uestra volo latere», etc. (fól. LXXII, ed. de 1468).

² Esta escena, en que el poeta español ingiere varias circunstancias originales, debe ser conocida de los lectores. La *Gesta Romanorum* dice: «Rex... iussit sibi tradi liram, et egresso foras corona capitis eum decoravit; acci-
TOMO III. 19

amores, y rechazadas una y otra vez las solicitudes de varios príncipes que la pretendían. Al cabo, reconocida la régia gerarquía de Apolonio, consiente Architrastes en el enlace de ambos

piensque liram, intrauit triclinium, pulsabat ante regem tanta dulcedine ut omnes non Appollonium, sed Appollinem crederent. Discumbentes cum rege dixerant quod nunquam melius audissent nec vidissent. Filia regis hoc auditis, respiciens iuuenem capta est in amore, et ait ad patrem suum:—O pater, permittas me dare iuueni, quod mihi placet. Ait rex:—Permittito (fól. LXXIII). En el poema italiano, citado arriba, leemos (canto II):

E prese l'alpa é cominzó á sonare
Ke tutta zente fa marauigliare.
Sonando sí, cantó una ballata
Si como que lo ke fino magestro,
E la donzella ka nome Archistrata
Nel cuore la sagitto senza ballestro.
Dauanti lo re se fo inzenogiata
Et disse: Padre (con parlare adestro),
Questo uaron he tanto pien d' ingeni;
Se lo ue á grado, voglio kél meisegni.
Lo Re li disse: presente costey
Lu douverisi esser magistro da scola,
Se tú e suffiziente, ben vorey
Che tú insegnasti aquesta mia figliola.
Et ello rispuose: Quando piace á ley,
I li faró imparare alpa é viola
E cosi staró per magystramento
E gli mostraró sonare ogni istrumento.
Como uo dito Apolonio demora
De bona fide, como se conuiene,
E la donzella de lui se inamora
E si l'acende d'amoroso bene, etc.

En el libro castellano se halla la misma situacion del siguiente modo:

157 Quando el Rey de Tiro | se vió coronado,
Fué de la tristeza | ya quanto amansado;
Fué cobrando el sesso, | de color meiorado,
Pero que non oviessa | el duelo olvidado.
158 Alzó contra la duenya | un poquiello el ceio;
Fué ella de uergüenza | prisa un pequilleio;
Fué radiendo el arco | éguale et muy pareio:
Abés cabie la duenya | de goço en su pelleio.
159 Fué levantando | unos teu dulces sones
Doblas et debayladas, | temblantes, semisones:
A todos alegrava | la voz los corazones;
Fué la duenya tocada | de malos agujijones.
190 Todos por una boca | dezien et afincauan
Que Apollonio Ceteo | meior non violaua:
El cantar de la duenya, | que mucho alabauan,
Contra el de Apollonio | nada non lo preçiauau.

jóvenes, siendo mayor el gozo del rey de Tiro, al saber que, muerto ya Antioco, puede restituirse á su patria sin sobresaltos ni peligros. Con la bendicion de aquel padre afectuoso toman pues la via de su perdido reino, sin abrigar sospecha alguna de las nuevas amarguras que los esperaban. Mas ya en medio de la mar, dió á luz la hermosa Luciana una niña con tanta desdicha, que apareciendo en trance tal muerta á los ojos de Apolonio y de los suyos, y movido el rey de los ruegos del piloto (*marinero*), fundados en la extravagante creencia de que habia de perderse toda nave, en que se hallara un cuerpo muerto, determinase en medio de la mayor pena á arrojarla en la mar, con la esperanza sin embargo de que hallase honrada sepultura. Á este propósito manda colocar á Luciana en un féretro (*armario*), de tal manera embetunado y cerrado que fuera impenetrable á las ondas, poniendo dentro del mismo un *plomo*, con las siguientes palabras:

290 Yo, Rey Apollonio, | enbió merçed pedir:
Quiquier que la fallare, | fágala sobollir;
Lo que [nos] nol' pudiemos | sobre la mar complir.
291 El medio del tesoro | lieve por su laçerio;
Lo ál por la su alma | preste al monesterio;
Sallir le han los clérigos | meior al çimenterio,
Rezaran mas de grado | los ninyos el salterio.
292 Si esto non compliere, | plegue al Criador
Que nin en muerte nin en vida | non aya valédor.

191 El rey Architrastes | non sería más pagado
Si ganasse un regno | o hun rico condado.
Dixo á altas voces:—Desque yo fui nado
Non vi, segunt mio sesso, | cuerpo tan acabado.
192 —Padre, dixo la duenya | al rey su senyor,
Vos me lo condonaste | que yo por uestro amor
Que pensasse de Apollonio | quanto pudiese meior,
Quiero desto que m' digades | cómo anedes sabor.
193 Fixa, dixo el rey, | ya vos l' é mandado;
Seya uestro maestro: | auetlo otorgado.

No creemos que se negará al autor castellano el lauro de haber embellecido con poéticas circunstancias este pasaje, del cual suprimió, sin duda porque se acomodaban mal á nuestras costumbres, las pruebas que dió Apolonio, despues de cantar, de buen cómico y trágico. El códice F. 152, decia no obstante: «Post hoc, deponens liram, induit stratum comicum et inauditas actiones expressit. Deinde induit tragediam, in qua non minus omnibus placuit».

Tres días anda el féretro sobre las olas, al cabo de los cuales es arrojado á las marinas de Éfeso, donde hallado por un sabio médico, lo abre, y vencido de la súplica de Apolonio, pone al cuidado de uno de sus discípulos el embalsamamiento de Luciana. Mas no bien se preparaba este á ungirle, cuando descubriendo en ella síntomas de vida, participalo á su maestro, logrando ambos á fuerza de exquisitos remedios y esmero imponderable que la recobrase por completo. Admirada primero de su desventura, y resignada despues con su mala suerte, recogióse Luciana á un monasterio, consagrado á Diana, donde «con otras duenyas de orden» la deja encerrada el poeta, para que

323 Sierva su iglesia | et reze su salterio,

mientras nos lleva en busca de Apolonio, dando con esto fin á la primera parte del poema ¹.

Dominado de profunda amargura, habia aportado entre tanto el desafortunado príncipe de Tiro á la ciudad de Tarso, donde sin darse á conocer de los naturales, deja encomendadas á Estrangilo y su mujer Dionisia la tierna infanta y su aya Licórides; y jurando no cortarse barbas ni uñas, ni entrar en Tiro, «hasta que pueda dar á Tarsiana, su hija, buen casamiento», se retira al Egipto, viviendo allí ignorado por el espacio de trece años, tiempo en que crece en hermosura, virtud y ciencia la nieta de Architastes.

330 Criaron de grant viçio | los amos la mozuela:
Quando de syete anyos | diéronla á la escuela,
Apriso bien gramática | et bien tocar viuela:
Aguzó bien como fierro | que aguzan á la muela.

332 Quando ya á doçe anyos | fué la duenya venida,
Sabia todas las artes, | era maestra complida;

¹ Esta division aparece hecha por el mismo poeta, cuando escribe:

325 Dexemosvos la duenya; | guarde su monesterio
Sirva su iglesia | e reze su salterio.
En el rey Apollonio | tornemos el ministerio,
Que por las auenturas | levó tan grant lazerio.

De beltad companyera | non auie conosciada;
Avie de buenas manyas | toda Tarso uençida.

De tal modo prepara el poeta á esta nueva heroína para los infortunios que muy en breve la persiguen.—Licórides, á quien profesaba tierno cariño, pasa á la sazón de esta vida, y descubriéndole al expirar su misterioso nacimiento, la entera de la desdicha de su madre y del juramento de Apolonio, quien de «recio cabdalero», rey y señor de Tiro, se habia convertido en pobre y errante «palmero». La envidia que anidaba en el alma de Dionisia, vino á turbar los sueños de esperanza que estas gratas nuevas habian despertado en el pecho de Tarsiana. Preferida esta públicamente por su belleza y virtud á una hija de aquella, concibe el pérfido proyecto de asesinarla, eligiendo el momento en que, fiel á la memoria de su aya Licórides, le tributaba religiosa ofrenda, rezando al pié del sepulcro «los salmos del Salterio». Teofilo, asesino pagado al intento, escondido en el cementerio, se lanza sobre Tarsiana en el instante en que

376 Comienza de rezar | con toda mansedumbre;

y asiéndola de los cabellos, le muestra con la espada desnuda su alevoso propósito. Cediendo sin embargo al ruego y llanto de la huérfana, le dá Teofilo cortísima tregua para invocar la clemencia divina, y en su dolor exclama la desdichada princesa:

381 Senyor... que tienes | el çielo á tu mandar
Et fazes á la luna | creçer et enpocar,
Senyor tú me acorre | por tierra et por mar, etc. ¹

¹ Esta oracion, aunque breve, es original, pues no se halla en ninguna de las versiones latinas, que tenemos á la vista. El poeta italiano escribe, más esclavo de la autoridad que el español (canto IV):

Ma contra quel villan pessimo e rio
Non li valea niente á far questione;
E quando ella vidi pur lo so desio,
Humlmente se mise a genugione
E disse: lo te prego por l'amor de Dio
Che tu me lasi á luy fare oratione,
E poy moridi, sil convien che mora;
E il villan per pieta li disse: Adora.
Devotamente Tarsia adorando
Et una nave zouse de corsali, etc.

Y aquel Dios de piedad, que en nada se parece á las deidades gentílicas, envíole tan á tiempo el socorro, que sorprendido por unos piratas, cuando alzaba segunda vez el acero para degollarla, huyó Teofilo despavorido, dejando á Tarsiana en poder de los mismos. Pero si quedó así libre de aquel peligro, fuéle su extremada hermosura ocasion de nuevos sobresaltos; pues llevada á Mitelena y puesta en venta pública por los corsarios, prendóse de ella Antinágoras, príncipe de la ciudad, y ofreciendo crecida suma, dió motivo á que un «señor de soldaderas» aprontara otra mucho más alta, haciéndose dueño de la inocente princesa, cuya flor virginal puso á infame precio ¹. Acudió el primero Antinágoras; mas dolido de las súplicas, del llanto y de la juventud de Tarsiana, y recordando sobre todo que tenia una hija de la misma edad que podia verse en tal afrenta, no sólo abandona su carnal intento, sino que entrega á la esclava el precio de su honra, ejemplo seguido por cuantos garzones anhelaban gozar las gracias de su belleza. Pagado se mostró el codicioso rufian con la excesiva ganancia ²: Tarsiana, que comprendia sin embargo la magnitud del peligro, le ofrece mayor logro con «otro mester más sin pecado», recordando su habilidad en la música y el canto; y aceptado su ofrecimiento, sale al dia siguiente á la plaza pública á violar por soldada.

- 427 Començó unos viessos | et unos sonos tales,
Que traíen grant dulzor, | et eran naturales:
Finchiense de omes | apriesa los portales,
Non les cabie en las plazas, | subíense á los poyales.
- 428 Quando con su uiola | houo bien solazado,
A sabor de los pueblos | houo assaz cantado,

1 Debemos aqui notar que el autor castellano despojó esta parte de la leyenda de accidentes repugnantes, los cuales ofendian grandemente las costumbres de nuestros padres: «Perrexit cum lenone in saluatorium, ubi habuit Priapum aureum et gemmis adornatum, et ait:—Puella, adora istum. Ait illa: Nunquam tale adorem».

2 Sin embargo, en la leyenda latina se muestra el rufian deseoso de mayor ganancia, y para lograrlo «vocans villicum puellarum, dixit:—Duc eam ad te, et frange nodum virginitatis eius. Cui villicus ait:—Dic mihi si virgo es. At illa:—Quandiu vult Deus, virgo sum».

Tornóles á rezar | un romanze bien rimado
De la su razon misma, | por hó avie pasado.

Más de cien marcos recoge en este primer ensayo la infeliz huérfana, que respetada y acariciada al mismo tiempo por la muchedumbre, llega á ser el encanto de Mitelena, segura ya su virtud de torpes asechanzas.—Cumplido entre tanto el plazo que Apolonio se habia impuesto, vuelve á Tarso en busca de su hija, vivas aun las señales de la honda pena que le produjo la pérdida de Luciana; mas engañado por la astucia de Dionisia y Estrangilo, sube de punto su desconsuelo, al mostrarle el sepulcro, en que suponian aquellos encerrado el cadáver de la princesa, resolviéndose por último á volver á Tiro, donde queria ser enterrado entre sus parientes.

- 431 Non quiso Apollonio | en Tarso más estar:
Que auie reçebido | en ella grant pesar.
Tornóse á sus naues | cansado de llorar;
Su cabeça cobierta, | non les quiso hablar.

Una tempestad le arroja á las playas de Mitelena; y mientras sumido en el dolor, se retira Apolonio al último rincón de su nave, saltan los suyos en tierra para tomar el necesario refresco, siendo visitados por Antinágoras, quien preguntándoles por su señor, forma decidido empeño de conocerle, al tener noticia de sus peregrinas aventuras. En vano se esfuerza aquel humanitario príncipe, llegado á presencia del rey de Tiro, para alejar de su corazón las nieblas que lo cubren: ni porque le invita á ver su ciudad, ni porque le recuerda lo mudable de las cosas humanas y la grandeza de la piedad divina, logra sacarle de su abatimiento y su retiro. Apolonio le replica á las reiteradas demandas:

- 479 Só por mis pecados | de tal guissa llagado,
Que el coração me siento | todo atrauesado:
.
De çielo nin de tierra | veyer non é cuydado.

Aun más interesado Antinágoras con esta respuesta, trae á la memoria la bella *juglaresa*, que llamada por su mandato, se presenta luego en las naves, gentilmente vestida, y pronta á disipar con sus cantos la amargura de Apolonio. Puesta ya delante de

este, y despues de manifestarle que no es una «juglaresa de las de buen mercado»,

495 Movió en su uiola | un canto natural,
Coplas bien assentadas, | rimadas á senyal:
Bien entendie el rey | que non lo facie mal.

Dándole «diez libras de oro escogido», la despide no obstante sin que alcanzara á desarrugar su dolorido ceño; pero advertida de Antinógoras, devuélveselas Tarsiana,

502 haciendo sus trobetes,
Tocando su uiola, | cantando sus uersetes,

y proponiéndole despues difíciles enigmas, que más bien por que Tarsiana reciba el oro de ella desdeñado que por hallar pasatiempo, descifra Apolonio con desembarazo admirable ¹. Cansado finalmente de aquel ejercicio, le ruega de nuevo que le deje solo; mas dominada por oculta simpatia, insiste la esclava juglaresa en el propósito de consolarle, y apurados ya cuantos recursos le ministra su ciencia,

527 Con grant coyta que ouo | non sopo que asmar,
Fuéle amos los brazos | al cuello á echar.

¹ Indicamos arriba que teníamos razones para creer que fué Symposio el traductor latino del libro de Apolonio: de ello nos persuade el encontrar ingeridos en el mismo algunos de los enigmas, que en la coleccion titulada *Opera et fragmenta veterum poetarum latin. proph.*, tomo II, pág. 1609 de la edicion de Lóndres, 1713, lleva el nombre de aquel autor. En efecto, el primer enigma del poema es el XII de los de Symposio, el II el II; el III es el XIII; el IV el LXXXVII; el V el LXI; el XI equivale al LXIII; el VIII al LXIX, y el IX al LXXXVII. Debemos advertir que el poeta castellano añadió dos enigmas al cód. F. 152 y seis á la *Gesta Romanorum*. Para que los lectores puedan compararlos con los de Apolonio, trasladaremos alguno de los enigmas de Symposio. Veamos el XII, intitulado *Flumen et piscis*:

Est domus in terris, clara quae voce resultat,
Ipsa domus resonat, tacitus sed non sonat hospes;
Ambo tamen currunt, hospes simul et domus una.

Y el LXXVIII, que se denomina: *Rotae seu Quadriga*, último de los del libro de Apollonio:

Quatuor aequales currunt ex arte sorores.
Sic quasi certantes, quin sit labor omnibus unus
Ductor ubique sequens, nec se contingere possunt.

Esta accion, que aparece á los ojos de Apolonio cual punible desenvoltura, arma su diestra de ira contra la infeliz Tarsiana, asestándole en el rostro tal bofetada ¹ que bañádoselo en sangre, le hace prorumpir en amargas quejas, lamentando su triste soledad y abandono, y refiriendo al par sus desventuras. Al ver tan extraño dolor, confiesa Apolonio que «erró con felonía», y despertando de repente en su pecho una esperanza que juzgaba muerta del todo, procura aclarar con nuevas explicaciones el dudoso sentido de las palabras por él oidas: con este intento pregunta á la desconsolada Tarsiana el nombre de su aya; y cuando sabe que era Licórides, estalla su alegría con el ímpetu de ardiente frenesí, saltando fuera del lecho, y exclamando, al estrechar á su hija entre sus brazos:

544 . . . Ay mi fija, | que yo por vos muria!...
Agora he perdida | la cuyta que a uía.
Fija, non amanesció | para mí tan buen día.
545 Nunca este día | non lo cuydé veyer;
Nunca en los mios braços | yo vos cuydé tener!...
Oue por uos tristizia: | agora hé plaçer:
Siempre auré por ello | á Dios que agradecer.
546 Venit, los mis uasallos,
Sano es Apollonio; ferit palmas et cantos:
Echat las coberteras, corret uuestros cauallos:
Alzat taulados muchos, pensat de quebrantallos ².

¹ Tanto en las leyendas latinas como en el poema italiano maltrata Apolonio á Tarsiana, dándole un puntapié. El códice F. 252 dice: «Et calce eam percussit, et impulsa virgo cecidit, et de genu eius coepit sanguis effluere». La *Gesta Romanorum*: «Et puellam cum pede percussit. Impulsa vero cecidit, virgo, et genibus eius ruptis, coepit sanguis effluere» (fól. LXXVI, v.). El poema italiano:

Ond Apolonio, vegandosi á tal serra,
Delí un tal calce che la gitto á terra.

² Como advertimos arriba, estos rasgos estan tomados de las costumbres españolas, así como otros muchos que habrán ya notado los lectores. En las leyendas latinas se dice solamente: en el cód. F. 152: «Currite, famuli; currite amici et anxietati patris finem imponite». En la *Gesta*: «Currite, famuli, currite amici, currite omnes et miseriae meae finem imponite. Inveni quam perdideram, sed unicam filiam meam» (fól. LXXVII). En la edicion de Velsero: «Currite, famuli, currite amici, anxietati meae finem imponite».

Después de esta animada peripecia, no interesa ya tanto el resto del poema. Sin embargo, reconocido Apolonio á los cuidados de Antinógoras, y noticioso del amor que profesa á Tarsiana, los une en matrimonio, dirigiéndose con ellos á Tiro, no sin castigar duramente al rufian, que habia pretendido abusar de la juventud de la princesa. Ya en la travesía, se le aparece un *ángel*, ordenándole que tome la vuelta de Éfeso, en cuyo templo de Diana hallará la perdida esposa, completando su felicidad y de los suyos. Así lo ejecuta; y encaminándose á Tarso, donde castiga la perfidia de Dionisia y de Estrangilo, parte luego para Antioquia, cuyo imperio le habia legado al morir la hija de Antioco, dejando allí por reyes á Tarsiana y Antinógoras, y volviendo finalmente á Pentapolin, para visitar al anciano Architrastes. En esta ciudad le nace un hijo, destinado á heredar á su abuelo; y recordando los beneficios recibidos del pescador que partió con él sus vestiduras, tras el primer naufragio, le colma de riquezas y heredades, dándole

633 De campos é de vinyas | muchas grandes anchuras,
Montanyas et ganados | et muy grandes pasturas.

Restituido por último á Tiro, muere en medio de las bendiciones de su pueblo.

630 Finó como buen rey | en buena fin complida.

Tal es el *Poema de Apollonio*, cuya sabrosa historia fué recibida en toda la edad media como lección práctica de la inestabilidad de las cosas humanas, fecundando el principio altamente cristiano y consolador de que las tribulaciones temporales se truecan final-

El poema italiano trasfiere el reconocimiento de Tarsiana y las palabras que le dirige Apolonio, de este modo:

Tú e la mia figliola e la mia speme;
Tú e coley per chi langutr non vuolo.
Le lacrime á Tarsia per li ochi geme
Corse l' uer luy et abraçolo.
De tenereza pangiendo in seme
Tegnendo l'un al altro l braxe a colo.
E regratiando la virtud divina,
Con alegrèza uscin de la sentina, etc.

mente en sempiterno gozo ¹. Considerado como obra de arte, párecenos justo observar que ya fuera por la misma regularidad de la primitiva leyenda, ya porque no careciese el autor castellano de ese talento creador, que todo lo subordina al logro de una idea principal y verdaderamente poética, ofrece en su conjunto cierta armonía inusitada hasta entonces, caminando la acción á su fin de un modo fácil y desembarazado. Los repetidos obstáculos que se oponen á la felicidad del héroe, formando el nudo de la misma acción, no son sin embargo tan naturales como fuera de apetecer; y aun examinados simplemente, cual medios artísticos, exceden los límites de lo verosímil, en especial el hermético encerramiento de Luciana, su viaje marítimo y resurrección en Éfeso, así como el inmotivado retiro de *Apollonio*, ideado sólo para dar márgen al bellísimo episodio de Tarsiana ². Verdad es que este peregrino episodio constituye la parte más interesante del poema. Aquella hermosa niña, criada en la ignorancia de su propia grandeza, y arrojada al primer albor de su juventud en medio del oleaje y de las iniquidades del mundo, rechazando con el escudo de su virtud todas las asechanzas, y comprando con el tesoro de sus lágrimas el seguro de su inocencia, es una creación altamente simpática, que embellecida por el poeta español con las gracias del cristianismo, se ostenta á nuestros ojos cual pura azucena sacudida por contrarios vientos, los cuales inclinan acaso su misterioso tallo, sin que logren jamás troncharlo ni deshojarla. Su pureza es como su hermosura; y su alma, nacida para el bien, se fortifica y acrisola en medio de los peligros que la rodean y combaten.

Al llegar á este punto asáltanos una idea, que ocurrirá sin duda

¹ En la *Gesta Romanorum* lleva el capítulo de *Apollonio* este título: «De tribulatione temporali, quae in gaudium sempiternum postremo commutabitur».

² Debíó ya conocer esta inverosimilitud el ingenioso Juan de Timoneda, cuando hace en su *Patrañuelo*, obra de que vamos á hablar, que en vez de consumir *Apollonio* en el desierto los doce ó catorce años necesarios para que su hija llegue á la juventud, los emplea en organizar el imperio de Antioco, que le habia negado la hija de aquel tirano, y en rescatar el reino de Tiro, que gemía bajo el yugo de un usurpador, entronizado durante su ausencia. Verdad es que con estas variaciones perdía el carácter de *Apollonio* su primitiva y peculiar índole, convertido ya en un rey valiente y guerrero.